

La estrella

Por EUGENIO MONTES
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)

Si acaso este planeta triste tuvo una hora feliz, fué en tiempo de Octavio. Pues Julio César podía darle más gloria que ventura. Presagiaba demasiado su próximo y fúnebre destino para irradiar dicha. *Temo a los hombres pálidos*, dijera señalando a Bruto, intelectual insomne. ¿Se miró entonces al espejo? Sin duda, palidísimo. Pero con Augusto, el Ecúmeno tuvo paz. Quizás por menos genial, su pulso era regular y sereno. Bajo su bien templada mano, las gentes contrapuestas se enlazaban armoniosamente. *Tu regere populos...* Maduran las golosas viñas de Horacio; suena Virgilio el pífono bajo el frescor del haya; crecen la mies y el laurel; la siempre tempestuosa Germania se queda dormida. Por primera vez en su historia, Roma puede cerrar las puertas del templo de Jano. Era natural saber a cuántos alcanzaba la dicha del Imperio, contar las poblaciones. Más aún: era sobrenatural; pero eso no podía Augusto ni sospecharlo ni entenderlo. Aunque muy culto, ignoraba los libros sacros de Israel. Israel: un desierto lejano y marginal, pululante de incómodos profetas y de gentes nerviosas, cuyo gobierno concediera el Senado al idumeo Herodes a ver si, por fin, conseguía aquietarlos.

Manda el Emperador hacer el censo. Por el edicto, cada familia debe presentarse y declararse en el lugar de su estirpe. Sólo así cabía establecer el cómputo con cierta exactitud, sobre todo entre tribus errabundas e inestables.

Cumpliendo el decreto augusteo, un carpintero de Nazareth, acompañado de su mujer, emprende el viaje a Belén, pues, descendiente de David, ahí debía presentar su declaración. Algo más grande que el edicto imperial, pero por su recodo, iba a cumplirse: las profecías judías que Octavio desconocía. «¡Y tú, Belén de Efrata, tan pequeña entre millares de pueblos de Judea! De ti saldrá el que será Señor de Israel, aquel cuyo advenimiento desde lo eterno es esperado». (Miqueías, V, 1).

* El Espíritu sopla donde quiere, pero quiere soplar en paisajes ásperos y pobres. Desdeña las tierras ricas y fecundas de esponjoso mantillo que la llovizna entenece; esquiva las florestas donde la vida late, puja, y en su propio exceso regalón se ahoga. Prefiere herirse en soledades berroqueñas, tender sus alas en anchos espacios desolados, ir por horizontes de dunas levantando polvo. No; no tiene condiciones, pero tiene predilecciones. Elige las partes humildes y reseca. ¿Es acaso el Espíritu, en este mundo, sed? No sé, pero sus manos excluyen árboles de lluvia. Sólo admiten el temblor encogido, la timidez verde y plata del olivar, débil de ramas y de escasa sombra; el raro ciprés, que anhelos agudiza; o la palmera femenina, que no lucha. ¡Miradlo por dónde viene! O no; cerrad los ojos a su arena, sentid su sacudida, quedaos temblando, temiendo, y después ved: una familia viene al sufrido paso de un asno. ¿Estáis sofocados? Allá lejos hay un pozo y una mujer con un cántaro como un niño. A veces me aterra mucho el presagio científico de Obermaier, al predecir que España, Sicilia, Calabria, la Campania, Cerdeña y Córcega, o sea la zona del Mediterráneo donde aún el grano crece y algunas plantas medran, estarían de aquí a cinco mil años como el desierto líbico y Palestina, de no estar como el Sahara. Pero me consuela recordar cómo los lugares húmedos, paradisíacos; de cosecha incesante—Javas, Sumatras, Borneos—no han dado nada a la Historia, porque el Espíritu, abandonándolos de su mano, los dejó sumirse en vahos viciosos y riquezas; todo lo dieron la pelada Grecia, de rocas desnudas donde apenas triscan cabras, e Israel, habitante de desiertos atroces.

* Por muy agrias, muy desamparadas tierras cruzaron José y María camino a Belén. A veces el asno tendría que contentarse con un ramoneo sobrio, y la vaca con un pasto moderado.

Nació el nieto de la espigadora; nació con gracia, pues, cuando guardaba sus ovejas, Iahvé, para castigarle a Saúl la desobediencia, quiso elegirle. Era rubio, de buena talla y hermosísimo de rostro. Su linaje fué el superior de Israel. De una superioridad por encima de todo: aún de sus batallas y de sus aventuras, como la de la Sulamita; tan popular porque la fantasía moderna, le añade un grano pimentado que ni siquiera el Talmud, tan fértil en malicias, insinúa.

Sin duda, José y María recordaban estas cosas de su familia de su eximia ascendencia real. Si por ser de estirpe davídica iban a Belén, no podían tirar sus fastos al olvido.

Iba grávida. El viaje había sido muy largo. Apetecía descansar. Del campo de Ruth a Belén se cuentan cuatro kilómetros. Quizás le pareciesen interminables. Otros iban más lejos aún: a las montañas del Hebrón. Ya anochecía sobre la tumba de Raquel, la tarda paridora. Apenas cruzan la muralla, buscan albergue. María, medio desmayada, se esfuerza por no caerse del borrico. Pero el hospedero responde que no puede recibir ya a nadie más. Procuran otra posada.

La noche era fría, cortante. José recuerda haber visto en la montaña una gruta donde los animales del templo comían su heno. Se apea María, cansadísima, pálida, acomodándose entre la vaca y el jumento. Después, José enciende una hoguera. El vaho animal y el quemado estiércol dan el calor que los hombres rehusan.

* Es medianoche. Rebulle la paja. Rebufna el asno, jubiloso. La vaca le pone hilos blancos, celestes, a una nueva vida. Canta el gallo porque el alba se ha adelantado. Todo el establo es rosicler: insólita luz sube de abajo arriba.

Una estrella, en lo alto irradia la buena nueva: estrella de fulgor nunca visto, solitario y grandioso. Parece como si llamase a las demás, ocultas y ateridas en el frío nocturno.

Los pastores, ronroneantes al fuego con sus ovejas y el can, sienten ese deslumbramiento. Ya no pueden adormecerse. Es de noche y no es de noche, pues esa tiene más transparencia que el día. En el aire diáfano, impalpables voces se desvelan; brisas de sonos que, sin sentirlo, arrebatan. Arrebatados van en brisas de música, cual si el suelo los levantara. Acuden a donde la estrella les hace señales. Y oyen: «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad». Los campos se escarchan de esa luz cariñosa que los toma en brazos.

De súbito, el fulgor aumenta. Esa luz ofuscante los confunde. Aterrados, caen de bruces al suelo. Y la voz les dice: «No temáis. Os traigo noticias de gran alegría, para vosotros y para todo el pueblo». Sienten que, con feliz temblor, les roza el ala de un ángel: «Alegraos, porque en la ciudad de David nació el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Por esta señal lo reconoceréis: el niño está envuelto en pañales y echado en un pesebre».

Ya todo el cielo es un pandero de cristales. El fulgor de ese cometa despertó a las estrellas más ateridas, más lejanas y sordas. Como un rebaño contento, campanillean. Se ponen en marcha allá en Caldea, los astrónomos. Los pastores, en su carrera, ya divisan Belén. Pero uno repara en la claridad que sale de una gruta, en el valle. Jesús sonríe bajo los ojos convexos del asno, los ojos húmedos de la vaca, los ojos estupefactos de los pastores. ¡Señor: devuélveles a los mos, hormigueados de letras, ese puro, fervoroso, limpio, clarividente mirar!



VILADOMAT